



Antonio Cortés

Mística y arte en la creación de iconos

Antonio Cortés fue niño prodigio en el campo de la música. Y a los diez y nueve años comenzó a dibujar y a pintar iconos hasta el día de hoy. Es convertido, incluso, con bautismo. Y siente y traslada a sus obras una mística propia, sensible y emotiva.

Su casa es un verdadero museo, aunque sus iconos se muestran al público en un museo verdadero: el de la Casa Grande, de Torrejón de Ardoz (Madrid).

Su gran maestro —fallecido— fue Sergio Balkov, un ruso blanco al que este artista extremeño —específicamente, de Trujillo— tierra de conquistadores, rinde un culto respetuoso.

A pesar de ser por el momento un arte de minorías, los iconos son muy apreciados en España. Poseen una sugestiva atracción oriental que los hace únicos y son muchas las cabeceras de camas que ostentan alguno.

En América, aunque no hay demasiados artistas dedicados a este arte y el público no es precisamente el más mentalizado, gustan mucho también los iconos.

Precisamente —manifiesta Antonio Cortés— he tenido varias exposiciones en Chicago y todas han sido muy visitadas y admiradas. Esto demuestra el encanto que producen los iconos.

Cortés ha presentado, también, varias exposiciones de sus dibujos en México. Dibujos imaginativos, con sensibilidad, que cuelgan de todos los rincones de su casa.

Y sus creaciones integran importantes colecciones particulares tanto en México, como Venezuela, Francia, Italia y Grecia. La Iglesia griega de Madrid guarda como tesoros muchos iconos donados por este artista.

UN REGALO REGIO

Aparte de su profesionalismo y su talento innato, Cortés despliega una exquisita sensibilidad en su trabajo que le hacen un artista diferente y singular.

Hace algún tiempo, obsequió unos de sus iconos más apreciados a la familia Real de España y fue recibido personalmente por Su Majestad, la Reina Sofía,

que agradeció al artista su delicadeza.

En el curso de la audiencia privada concedida por la Reina, la misma elogió su trabajo, entusiasmándose por el regío presente.

En el mismo —una preciosa obra— aparecen, en la parte superior, los atributos reales: la corona y el manto de armiño; después, el Toisón de oro que envuelve los escudos de España y Grecia; en el medio, el ángel guardián de la familia.

Después los santos de la familia: del centro a la derecha, Santa Sofía y San Felipe y a la izquierda San Juan, Santa Elena y Santa Cristina. Y un huequito por sí otro nuevo hijo llega, para incorporarle su Santo.

Quizás una de las colecciones españolas particulares que posee mayor número de iconos de este artista, es la colección López, de Toledo.

PENETRACION

—El carácter místico impide la mayor penetración en este arte —apunta Cortés— porque en él no entra la imaginación, sino el sentido religioso de la persona.

—En América gusta muchísimo y debo decirle que los alumnos americanos de este arte tienen una devoción tan profunda por él, que ya la quisieran los europeos. En América está mucho más arraigado que en la propia Europa.

—Por supuesto que existe mucha truculencia en esto. Gentes que se ponen a hacer iconos, así como así. Y esto es un arte que requiere mucho conocimiento de la Biblia, la religión y la fe.

Precisamente, Antonio Cortés comenzará a ofrecer una selecta serie de clases y conferencias en

el Club Uno de Madrid, de notable prestigio intelectual, respecto al arte de los iconos, que posee tan sabiamente.

Grandes, medianos, pequeños, sobrios y elegantes, alegres y dulces, están aquí frente a la peridista, numerosos iconos característicos de la Iglesia Griega Ortodoxa, muestra extraordinaria de arte y de fe.

Por María López Salas



Icono de Antonio Cortés

Filosofía, Arte y Letras

Antena americana

Poemas en las calles de Buenos Aires

Por Rosa Arciniega

¿Es Buenos Aires una ciudad esencialmente industrial, comercial, negociante, "fenicia" —según se suele decir de otras en determinados argot—, o una ciudad intelectual, literaria, cultora de las cosas del espíritu? He aquí una de esas preguntas ante las que no cabe pronunciarse ni por un sí ni por un no rotundos excluyentes. Buenos Aires —como creo que son todas las grandes capitales actuales del mundo— es ecléctica; tiene de lo uno y de lo otro dentro de su desconcertante babelismo. No figura tradicionalmente en la lista de las varias "Atenas de América" —de que ya hablé un tanto irónicamente en estas mismas páginas—, pero ello quizás se deba a su extremada juventud como gran cosmópolis. Ya se sabe que, todavía no hace muchos años, era "la gran aldea".

Luego, la gran aldea, fulminante, comenzó a crecer; vino el alud inmigratorio; se multiplicó todo por mil y esa misma dirección de veloz crecimiento, de apresurado desarrollo y urbanismo babelico fue la que la despejó aparentemente de rancios títulos intelectuales. Es algo de lo que le ha sucedido a Nueva York. Por más vida que en esa ciudad tenga y cobre el arte —y sea por una cosa o por otra, en Nueva York hay arte y se hace arte—, siempre será la ciudad de los rascacielos, de los negociantes fabulosos y de la gente que no entiende más que de "business".

Como sea, el hecho es que en Buenos Aires se ha producido un fenómeno "oficial" de carácter ultratístico, poético, que para sí querían sin duda alguna muchas de las "ciudades cultas" de nuestra América, incluso las que se llaman "Atenas de América". La iniciativa —rasgo aún más sorprendente— surgió de las Intendencias Municipales. O sea: de la Alcaldía, que aquí se llama absurda e incomprensiblemente así. ¡Intendencia!, término que suena a Mayordomía de Palacio o a administración castrense.

Pues bien, la Intendencia Municipal de Buenos Aires dictó un decreto mediante el cual dispone que se coloquen, en lugares públicos, placas de bronce y losas de mármol sobre las que se grabarán textos completos de poemas alusivos a la ciudad... Esta resolución en "nuestros tiempos" tiene la apariencia de un verdadero sueño. ¡Un Municipio en pleno, ocupándose de poesía, decretando el ornato de una ciudad con la inscripción de poemas, desenterrando estrofas que cantan a una ciudad y esculpiéndolas en el noble mármol o en el perdurable bronce! ¿O sucede que "nuestros bárbaros tiempos" no son tan "bárbaros" ni tan "materialistas" como se dice, tan metalizantes, tan indiferentes para "los valores del espíritu" según lo quieren algunos?

Pero veamos cómo se dispone en el decreto —dentro de una primera determinación cuáles son los poemas, autores y lugares que formarán la lista inicial—. El poema "Al Plata", de Estaban Echeverría, se colocará en el Aeropuerto, ese aeródromo —en pocas ciudades del mundo lo hay— que queda dentro de ella, en la propia costanera y que los domingos y días festivos hace del público con su movimiento de aviones y de avionetas de todo tipo, marca y volumen. El motivo de que se haya escogido tal sitio para el poema "Al Plata" es obvio: La vista del Río se goza allí en todas su magnificencia y amplitud.

"Trova", de Carlos Guido y Sapno, se colocará en el kilómetro 0. Vale decir: ese lugar capitalino, próximo al Congreso, que es el punto de arranque —arbitrario y relativo, desde luego— de donde "parten" todas las rutas y distancias internas argentinas.

"Las quintas de mi tiempo", de Rafael Obligado, irá en la Plaza Mitre, sobre mármol.

"A Buenos Aires", del gran Leopoldo Lugones, le corresponde ilustrar la histórica Plaza de Mayo, punto de concentraciones multitudinarias y, como se sabe, positiva matriz de la nacionalidad argentina. (¿Cuántos millares de ojos no leerán allí? Se lo esculpirá seguramente en bronce).

La Avenida de Mayo es, según nadie lo ignora, la avenida de los cafés, con sus mesas desparrramadas por las aceras y sus toldos protectores del sol y de la lluvia. Por tales motivos, esa pintoresca y animada avenida es cuasi territorio español, territorio madrileñizado. Los españoles "se hicieron amigos de ella" para instalar allí sus tertulias y sus "penas", y en ella continúan, dándole su tradición y su sabor. Por eso, el decreto municipal ha establecido allí se inscriba en lugar bien visible y sobre mármol el clásico poema de Enrique Banch "El Café". Del mismo autor cobrará aires de perennidad marmórea el "Soneto", en el barrio de Colegiales. "Han vuelto", del popular y sentimental Evaristo Carriego, irá en el barrio de Palermo; "Viajar", de Ricardo Güiraldes, lógicamente será instalado en el puerto, allí donde la tupida mañana de barcos humeantes habla de todos los lejanos horizontes. "Mañana en Flores", de Pedro Herres, adornará la Plaza de Pueyrredón. "Río de la Plata", de Alfonsina Storni, formará pareja, a prudencial distancia con el ya mencionado de Echeverría en la Costanera. Al barrio sur le ha correspondido el poema de Ricardo Molina "Veleta". Y finalmente, "Un patio y un mitológico de Buenos Aires", ambos de Jorge Luis Borges, se colocarán: uno también en el barrio Sur y el otro en la bulliciosa Plaza Italia.

Por el momento, este poético decreto municipal —que parece retrotraernos a la época florentina de los Médicis por legislar exclusivamente sobre arte— no menciona más poemas. Pero con los apuntados basta para afirmar que, en medio del estruendo, del bullicio, del babelismo, del "Materialismo de nuestra época", hay todavía una Municipalidad que no ha olvidado la existencia de la poesía... Buenos Aires